

Cultura

AMALGAMA/ Juan Ezequiel Morales

EUGENIO TRÍAS Y LEONARDO POLO

Acaba de morir Eugenio Trías, el filósofo catalán que mantuvo enhiesta una cierta filosofía de la época franquista, cuando había sabiduría clásica, ya se estuviera a favor o en contra, lo que tiene su contrapunto con el re-que-te-post-modernismo actual, cuya característica principal es la de la ignorancia de los necios. Era enero de 1992 cuando Eugenio Trías había venido a Las Palmas, a las conferencias denominadas del Fin de Siglo, auspiciadas en aquella época por García Ramos, a la sazón consejero de Cultura del Gobierno Canario. La lección magistral de Trías pareció anclada en el pasado, preocupada por esa incursión filosófica en lo religioso. A quienes como yo, montados en la grupa de la desamorización de lo tradicional como



Son filósofos despreciados por los denominados postmodernos o progresistas, pero es que éstos no son despreciados, sino despreciables

casoso, nos parecía que había que deconstruir toda la filosofía justamente de esos mimbres religiosos, ya fueran fenomenológicos o fideístas, se nos escondió que el vendaval de la Logse, de la enseñanza socialista, no iba a traer una refundación del saber, sino la democratización de la idiotéz. Los "barbaroi" tomaron el poder, no como Tiernos Galvanes, Arangürenes, Garcías Calvos... sino como lo que ahora son, una tropa de ignorantes que, en lo filosófico, no tienen la más mínima personalidad, y en lo político vienen a ser como el Presi-

dente del Parlamento Canario, que paga 28.000 euros a una empresa para que le escriba los discursos. ¿Por qué Trías arrostraba con esa sensación de tradicionalismo que dejaba en los demás? Estuvo tres años en el Opus Dei, y luego otros tantos en el PSUC. La trayectoria perfecta para conocer el mundo desde dentro. Tertulianos como Jiménez Losantos han pasado por el Partido Comunista, y lo maldicen con razón, porque conocen *Das Kapital* y las restantes obras de Marx como la palma de su mano, no como Cayo Lara que,

en febrero de 2009, citó a Marx y puso literalmente en boca de éste "nacionalización" y "tecnología", términos no utilizados en 1867, hasta que los especialistas advirtieron que había salido de una página satírica americana *News Mutiny*, que Cayo, comunista que ha aprendido marxismo por internet, había dado como buena. Pues Trías, estudiando en Bonn y Colonia a Hölderlin, Heidegger, Kant, Platón, se interesó por Gadamer, Camus, Sartre y como él mismo dice: "hasta la escuela de Frankfurt". Como dice Trías, uno aprende de los propios errores y sufrimientos, el "Pathei mathai" de Esquilo. Trías investigó sobre el límite de lo humano marcado por la expansión del ser, el ser y su límite construyen una metodología de averiguación que,

realmente, aprendió de su profesor en Navarra, el filósofo Leonardo Polo, a quien le dedicó un capítulo completo en sus memorias, titulado *El maestro*, y a quien Trías consideraba genio filosófico despreciado por su pertenencia al Opus. En una formulación de experimentación con el ser parecida a la de Husserl, el abandono del límite, para acceder al ser extramental como independiente del pensamiento humano, investigaron primero Polo y luego Trías. Por una de esas extrañas casualidades de la vida, que no lo son, una semana antes de Trías falleció su ex profesor y filósofo de la Universidad de Navarra, Leonardo Polo. Son filósofos despreciados por los denominados postmodernos o progresistas, pero es que éstos no son despreciados, sino despreciables.

“ Trías mantuvo una cierta filosofía de la época franquista, cuando había sabiduría clásica

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS/ Antonio Bordón

UN DUELO EN TRÁNSITO



La autora trata de olvidar la muerte de su marido. | LP / DLP

Hasta ahora prácticamente desconocida para la gran mayoría de la crítica, la escritora Mary Ann Clark Bremer, el último descubrimiento de Julián Rodríguez, director de la editorial Periférica, vuelve a las mesas de novedades de las librerías tras el entusiasta recibimiento obtenido con su primera novela, *Una biblioteca de verano*. Su nueva novela, *Cuando acabe el invierno*, nos devuelve a la mejor Clark Bremer, a la narradora nata, amena, cautivadora, inteligente. Al igual que todos los escritores que admira y cita (Virginia Woolf, Marcel

Proust, Paul Valéry, Charles Baudelaire), esta autora cosmopolita vuelve a adentrarse en los mismos territorios para explotar nuevas emociones y personajes en idénticos espacios.

La historia que cuenta en *Cuando acabe el invierno* es, al parecer y al menos en gran medida, autobiográfica: se trata de los días, las horas y los minutos amargos que vivió tras la muerte de su padre (al final de la Segunda Guerra Mundial), su marido Saul (muerto en combate por la creación del estado de Israel) y su tío Marcel, quien le in-

PRÓXIMO PRÓXIMO

La novela con la que la escritora inglesa Hilary Mantel hizo historia al ganar el año pasado el Premio Man Booker por segunda vez, *Una reina en el estrado (Bring Up The Bodies)* llegará a las librerías españolas a principios de marzo de la mano de la editorial Destino. Al igual que en su novela anterior, *En la corte del lobo*, Mantel nos traslada a la corte de los Tudor para contar una historia de guerras de alcoba: Thomas Cromwell, primer ministro de Enrique VIII, observa los amores del rey con la sibilina y silenciosa Jane Seymour, mientras Ana Bolena es repudiada por no cumplir su promesa de procurar un heredero que asegure la línea Tudor. Pero ni el ministro ni el rey saldrán indemnes de uno de los episodios más desconcertantes y aterradores de la historia de Inglaterra: el teatro sangriento de la reprobación de Ana Bolena. Más allá del esteticismo glamuroso de la serie de televisión (que se tomó muchas libertades con los nombres de algunos personajes, relaciones, apariencia física y el año en que ocurrieron algunos hechos), la novela de Mantel es una pintura negra de los peores aspectos humanos y políticos del reinado de Enrique VIII, célebre por casarse seis veces y por ejercer el poder más absoluto entre todos los monarcas ingleses. Un juego de tronos auténtico.

culcó la pasión por los libros. Clark Bremer atesora recuerdos de su pasado inmediato en forma de anotaciones en un cuaderno. Con la lectura de éstos va creando sin proponérselo un mundo ideal, un recuerdo de felicidad "para tratar de olvidar la muerte de mi hombre".

Novela corta esencialmente lírica, en la que los pequeños detalles ocupan un lugar central (unos guantes verdes, un plato de aceitunas, un fugaz encuentro con la mirada de un muchacho, un libro de Virginia Woolf) y en la que importan menos los acontecimientos históricos que el "duelo en tránsito" de su protagonista, *Cuando acabe el invierno* se lee como una narración romántica, pero lo terrible es que la historia que la guía, la pérdida de los seres queridos, fue real. Esto otorga a la novela una familiaridad narrativa que atrapa y cautiva: "Puse mi pena en observación, como al enfermo más grave, y pensé en mí como si fuera otra persona, alguien distinto al de mis fotografías. [...] Aprendí a convivir con mi nuevo yo, más anciano, más triste, pero no más indefenso".

Estamos ante un libro de punzadas dolorosas que reflejan, de un lado, la tremenda dificultad de vivir sin eje y, de otro, las maneras con que el mundo vierte sus sombras sobre la experiencia cotidiana. Las frases son breves, pero su intensidad es de tal magnitud que al lector le sacude un escalofrío: "Mi nomadismo, la búsqueda de algo que estaba a la vez dentro y fuera de mí, me había llevado de acá para allá tras la muerte de Saul. [...] De Nueva York a Viena; de Viena a París; de París a Deauville; de Deauville a Londres; de Londres a París de nuevo. [...] Y, en las peores noches, odiaba a Saul por haberme dejado sola, por haber succumbido a su condición de soldado de todas las guerras. Por haber antepuesto ¿qué cosa?, ¿qué sangre?, ¿qué bandera? a nuestro amor". La desnudez de la escritura subraya el sufrimiento de lo narrado.